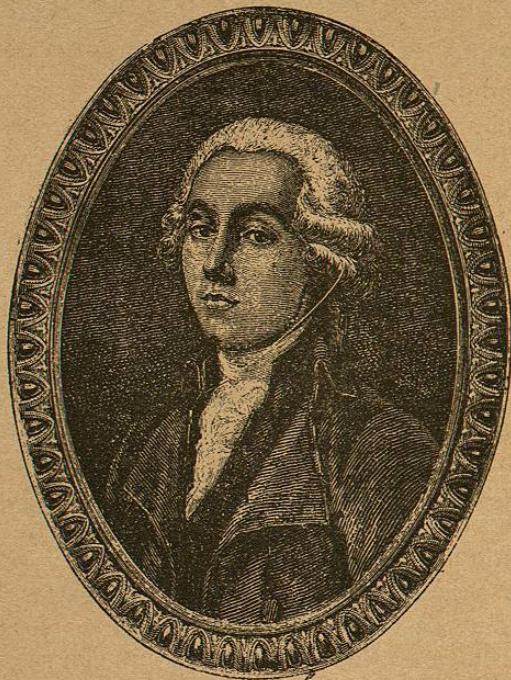


Había desaparecido la hermosa unanimidad; la cuestión grave y profunda de los bienes del clero lo había transformado todo.

El clero demostró una notable fuerza de organización, un inteligente vigor al crear la guerra civil en una población que no estaba dividida por anteriores rencores.

Fueron utilizados para ello tres elementos: Primeramente los frailes mendicantes, capuchinos y dominicos, que se hicieron repartidores y propagandistas de una prodigiosa multitud de folletos y hojas sueltas. En



RABAUT SAINT-ETIENNE

segundo lugar las tabernas, los revendedores de vino al por menor, que dependiendo del principal propietario de viñas, del clero, estaban, de otra parte, en relaciones con el pueblo católico, sobre todo con los campesinos, electores en la campiña. De ellos los que iban á la ciudad hacían alto en la taberna, donde gastaban (y este fué el tercer recurso) veinticuatro sueldos que el clero les daba á los que concurrían á las elecciones.

El agente del clero en todo esto, Froment, más que un hombre era una legión; al mismo tiempo que él, obraba su hermano Froment-Tapage, sus parientes y sus amigos, etc. Tenía su despacho, su caja, su librería de folletos, su centro electoral... Su casa estaba junto á un convento de dominicos y comunicaba con una torre que dominaba los alre-

dedores. Verdadera posición de guerra civil, libre del fuego de la fusilería y que sólo podría temer al cañón.

Antes de llegar á las armas Froment trabajó subterráneamente



... careciendo de municiones piden la vida.... (Pág. 361)

contra la Revolución, por la Revolución misma, por la guardia nacional y por las elecciones. Las reuniones, celebradas de noche en la iglesia de los penitentes blancos, preparaban las elecciones municipales de manera que quedaran excluidos los protestantes.

Los enormes derechos que la Asamblea daba al poder municipal, el derecho de requerir las tropas, de proclamar la ley marcial, de enarbolar la bandera roja, colocan el poder en Nimes y en Montanban en manos de los católicos; la bandera será enarbolada por ellos, si lo necesitan, y nunca contra ellos.

La guardia nacional era mixta. Estaba compuesta en Julio por los más ardientes patriotas, que se enorgullecían de haberse inscrito, y por los que teniendo bienes inmuebles temían más el pillaje; eran estos los negociantes, protestantes en su mayoría. En cuanto á los ricos católicos que tenían su fortuna en tierras, como no podían perderlas se cuidaron poco de armarse.

Cuando los castillos fueron atacados, la guardia nacional, mezcla de protestantes y católicos, puso todos sus cuidados en defenderlos; la de Montanban salvó un castillo del realista Cazalés.

Para cambiar aquella situación era preciso despertar la envidia; hacer nacer las rivalidades, lo cual era fácil por la naturaleza misma de las cosas, aparte las diferencias de opinión y de partido.

Todo cuerpo que pareciera elegido, fuera aristócrata como los voluntarios de Lyon y de Lille, fuera patriota como los dragones de Montauban y de Nimes, era odiado.

Se alentó contra éstos á la gentecilla que formaba la masa de las compañías católicas, haciéndoles creer que los otros les llamaban *destrripaterrones* ó alimentados con bazofia.

Acusación gratuita. ¿Por qué habían de insultar los protestantes á los pobres? Nadie había más pobre en Nimes que los obreros protestantes. Y en los Cevennes mismos, sus amigos y defensores, los protestantes de las montañas, llevaban una vida más dura, más pobre, más abstinentemente que los alimentados con bazofia de Nimes, que comían pan también y frecuentemente bebían vino.

El 20 de Marzo se supo que la Asamblea, no contenta con dar entrada á los protestantes en las funciones públicas, había elevado á la primera de todas, más alta é importante entonces que la realeza, á un protestante, á Rabaut Saint-Etienne, elegido su presidente. Nada estaba dispuesto todavía, encontrándose poco ó ninguno armado; pero la impresión fué tan fuerte, que cuatro protestantes fueron asesinados á título de expiación (hecho negado, pero cierto). Tolosa hizo actos religiosos y penitencia para desagraviar á Dios del sacrilegio de la Asamblea.

Era aquella la época en que solía celebrarse una fiesta execrable, la procesión anual que se hacía en recuerdo del asesinato de los albigneses. Cofradías de todas clases se reunían formando una verdadera multitud en cada capilla erigida en el campo de las ejecuciones.

En aquellas iglesias se hacen las más curiosas ceremonias. Los curas sacan de los viejos armarios los instrumentos de fanatismo que jugaron tan importante papel en tiempos de las dragonadas y en la

Saint-Barthélemy, las vírgenes que lloraron al ver los asesinatos y los Cristos que movieron la cabeza, etc. etc.

Agregad á esto algunos procedimientos de nueva invención; un dominico, por ejemplo, que recorre las calles de Nimes con su blanco hábito de monje mendigando su pan y llorando por los decretos de la Asamblea; en Tolosa se coloca un busto del rey cautivo, del rey mártir, cerca del predicador cubierto con crespones negros, y se dice al pueblo, en el momento más conmovedor del sermón, que ha llegado aquel busto para pedir socorro al buen pueblo de Tolosa.

Todo esto era demasiado claro. Quería decir sencillamente: «queremos sangre.» Los protestantes lo comprendieron.

Solitarios en medio de un gran pueblo católico, se veían otra vez próximos á la hoguera. Los terribles recuerdos conservados en cada familia los desvelaban durante la noche. Este pánico tenía una nota original; el terror de los bandoleros que asolaban los campos se mezclaba en sus imaginaciones al de los asesinos católicos; no sabían decir si estaban en 1790 ó en 1572.

En Saint-Jean-de-la-Gardonnenque, pueblecito de mercaderes, entran una mañana los correos gritando: «¡Plaza á los vuestros!, ¡se acercan!» Suenan la campana de alarma, todos corren á las armas; la mujer echa los brazos al cuello al marido para impedirle que salga; se cierra la puerta; se atrancan las ventanas... Y he aquí que, en efecto, el pueblo es invadido... por los amigos, por los protestantes de las campiñas, que vienen huyendo á marchas forzadas.

Entre ellos se distingue una hermosísima joven que va armada, entre sus dos hermanos, llevando el fusil marcialmente. Cuando estuvieron tranquilos los comerciantes del pueblo, todos se fijaron en aquella mujer, que fué la heroína del día; la coronaron de laureles y se hizo una colecta con la que la joven reunió su dote y pudo llevársela en su bolsillo á las montañas á donde iban á refugiarse.

Nada podía tranquilizar á los protestantes más que una asociación permanente entre las comunidades, una federación armada. La hicieron á fines de Marzo en una pradera del Gard, en una especie de isla entre un canal y el río, al abrigo de toda sorpresa.

Se reunieron allí millares de hombres, y lo que fué más extraordinario es que los protestantes vieron á muchos católicos cobijarse bajo su bandera.

Las solemnemente tranquilas ruinas romanas, que dominan aquel paisaje, traían á la mente recuerdos mejores; parecían haber sobrevivido para ver pasar y despreciar estas miserables querellas, para prometer una edad más grande.

Los dos partidos estaban enfrente, próximos á llegar á las manos; Nimes, Tolosa y Montauban miraban á París y esperaban. Recordad las fechas.

El 13 de Abril, en la Asamblea, se saca la mecha para encender

el Mediodía; fué esta mecha la negativa de la Asamblea á declarar el catolicismo religión dominante.

El día 19 protesta el clero; ya el 18 había protestado á tiros Tolosa. Los patriotas gritan: «¡Viva el rey, viva la ley!» y los soldados disparan sobre ellos.

El 20, en Nimes, grande y solemne *declaración católica*, firmada por tres mil electores, fortificada con la adhesión de mil quinientas *personas distinguidas*; declaración que fué enviada á todas las municipalidades del reino y copiada en seguida por Montauban, Albi, Alais, Urés, etc.

El documento, inspirado por los penitentes blancos, estaba escrito por los agentes de Froment, á cuyas casas iba la multitud á firmar.

Equivalía aquella declaración á un acta de acusación contra la Asamblea nacional; á una petición del pueblo para que el poder fuera devuelto al rey y se entregara á la religión católica el monopolio del culto.

Al mismo tiempo se trabajaba en todas partes en la formación de nuevas compañías. La composición de ellas era curiosa; se veía juntos agentes eclesiásticos y labriegos, marqueses y criados, nobles y perdidos. En espera de los fusiles tenían hoces, guadañas, tridentes, hachas, y secretamente se fabricaba un arma pérfida y terrible; un tridente cuyos pinchos estaban dentados, en forma de sierra.

Las municipalidades, creadas por los católicos, cerraban los ojos sobre todo esto, pareciendo muy ocupadas en fortificar los fuertes abandonados tantos años.

En Montauban los protestantes, seis veces menos numerosos que sus adversarios, querían acceder al pacto federativo que acababan de hacer los protestantes de la campiña; la municipalidad no lo permitió. Intentaron entonces aplacar su odio, retirándose de las funciones públicas á las que habían sido llevados y haciendo nombrar católicos en sus puestos. Esto fué interpretado como señal de debilidad.

La cruzada religiosa no fué menor en las iglesias. Los vicarios generales exaltaron al pueblo, mandando hacer en todas las iglesias las oraciones de las Cuarenta Horas, para la salvación de la religión en peligro.

La municipalidad de Montauban se desenmascaró al fin por un hecho que no podía menos de ocasionar la explosión.

Para ejecutar el decreto de la Asamblea, que ordenaba hacer inventario en las comunidades religiosas, fijó justamente la fecha del 10 de Mayo, el día de las Rogativas. Fué también en una fiesta religiosa de primavera cuando se hicieron las Vísperas Sicilianas. La estación misma ayudaba á la exaltación.

Esta fiesta de las Rogativas es el momento en que toda la población, llena de emociones apasionadas del culto y de la estación, siente la embriaguez de la primavera, tan poderosa en el Mediodía. Retardada

muchas veces por las nieves de los Pirineos, estalla con más fuerza. Todo sale á la vez, todo se lanza, el hombre de su hogar, la hierba de la tierra; toda criatura bendice; es una especie de golpe de Estado de Dios, un motín de la Naturaleza.

Y las mujeres que van por las calles repitiendo sus cánticos gemidores: *Te rogamus, audi nos* (te rogamos, óyenos...) se sabe perfectamente que empujaron á sus maridos al combate, persuadiéndoles á que se dejaran matar antes que permitir penetren los magistrados en el convento.

Se ponen éstos en marcha, y como habían previsto, son detenidos por masas impenetrables del pueblo, por las mujeres agrupadas, acostadas delante de las puertas sagradas. Sería preciso pasar sobre ellas.

Los magistrados se retiran y entonces la multitud se torna agresiva y amenaza quemar la casa del comandante militar, católico, pero patriota. De allí se dirige alborotada á forzar el arsenal. Si lo consiguiera, en el estado de furor en que se encuentra, es evidente que allí comenzaría el asesinato de los protestantes y los patriotas.

La municipalidad podía requerir al regimiento de Languedoc, pero se abstiene. Los guardias nacionales vienen espontáneamente á ocupar el cuerpo de guardia que defiende al municipio. Bien pronto la multitud los ataca, y en lugar de socorrerlos, se ayuda al populacho, se le apoya con los empleados de las gabelas, especie de guardas de consumos, que estaban armados.

Se redobra el ataque contra el débil edificio en que los guardias nacionales se defendían y se dispara contra ellos quinientos ó seiscientos tiros. Los desventurados, acribillados á balazos, teniendo ya muchos muertos y muchos heridos, careciendo de municiones piden la vida, presentan un pañuelo blanco; pero no por eso deja de dispararse. Hasta que no se echó abajo el muro que los defendía, no se hizo caso de la bandera de parlamento.

Entonces se decide la culpable municipalidad, *in extremis*, á hacer lo que debía, á requerir al regimiento de Languedoc, que desde hacía unas cuantas horas estaba deseando marchar.

Una gran dama había hecho decir misas durante la matanza.

Los guardias que no habían muerto podían salir. Pero la rabia del pueblo no está satisfecha. Se les arranca la ropa á pedazos, el uniforme nacional; se les arranca la escarapela, que es pateada furiosamente. Con la cabeza al aire, en camisa, con un cirio en la mano, dejando, á todo lo largo de la calle el suelo manchado de sangre, son llevados á la catedral, donde se les pone de rodillas á la fuerza, para que hagan penitencia y sirvan de ejemplo y enseñanza... Delante marchaba el alcalde llevando una bandera blanca.

Por menos que esto había hecho Francia el 6 de Octubre. Por un ultraje menor á la escarapela tricolor había derrumbado una monarquía.

Pasado el hecho es cuando se vió la sensibilidad terrible que tal cosa

iba á excitar y se notó la solidaridad profunda que del Norte al Mediodía ligaba entonces á todo el pueblo. Si no había nadie en el Mediodía para vengar la afrenta, todo el Centro, todo el Norte se hubiera puesto en marcha. El ultraje se sentía hasta en las más pequeñas aldeas. Tengo delante, en el momento que escribo, las proclamas amenazadoras de las poblaciones del Marne y del Sena-Marne sobre estas indignidades del Mediodía.

El Norte podía estar tranquilo. Bastaba el Mediodía. Burdeos, la primera ciudad, se lanza. Tolosa, con la que contaban los asesinos de Montauban, se vuelve contra ellos y pide su castigo. Burdeos avanza contra Montauban, y engrosado el pequeño ejército á su paso por todas las comunidades, tiene que disolverse por no poderse alimentar tantos soldados.

Los asesinos de Montauban avisan que pondrán al frente, en la vanguardia, á los prisioneros, para que reciban los primeros disparos... El ataque se detiene; el regimiento de Languedoc fraterniza con Burdeos.

Se envía desde París un comisario del rey, oficial de Lafayette, hombre dulce más que moderado, que tranquiliza á los de Burdeos, se declara bien pronto contra su propio partido, anuncia que se hará un castigo ejemplar, y cuando los de Burdeos regresan á su ciudad echa tierra al asunto.

No se hace ninguna información sobre la sangre vertida; los muertos quedan muertos, los heridos se quedan con sus heridas y los prisioneros permanecen en su prisión; el comisario del rey no encuentra otro medio de ponerlos en libertad que hacérsela pedir por aquellos mismos que los habían aprisionado.

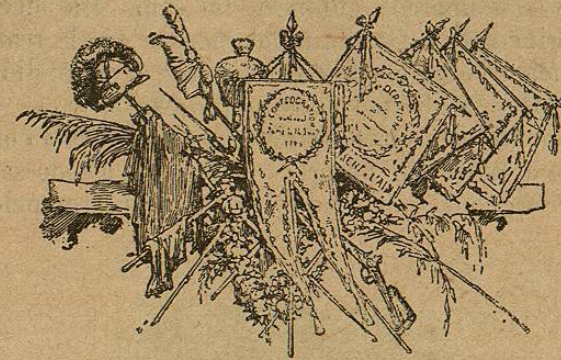
Al mismo tiempo en Nimes los voluntarios católicos llevaban osadamente la escarapela blanca, gritando: «¡Abajo la nación!» Los soldados y los suboficiales del regimiento de Guienne se indignaron. Un regimiento solo entre una tan gran masa de pueblo, no teniendo á su lado más que la población protestante, toda ella industrial y poco belicosa, corría gravísimo peligro.

Notad que tenía contra él á sus propios oficiales, declarados amigos de la escarapela blanca, y contra él á la municipalidad, que se negó á proclamar la ley marcial. Mas como les buscaban querellas, los soldados se batieron.

Hubo muchos heridos; un granadero fué muerto por el hermano mismo de Froment.

Los soldados fueron encerrados en su cuartel, y en cambio el asesino quedó libre. La contrarrevolución triunfa en Nimes, como en Montauban.

En esta última ciudad los vencedores no se enmendaron. Tuvieron la audacia de hacer una colecta entre las familias de las víctimas y aun en la cárcel donde estaban los prisioneros todavía... ¡Horror! No se les quería dejar salir sino pagando á sus asesinos!



CAPITULO IX

Lucha religiosa —La contrarrevolución vencida en el Mediodía. (Junio de 1790.)

Indecisión religiosa de la Revolución.—Violencias de los obispos.—La Revolución cree poder conciliarse con el Cristianismo.—Los últimos cristianos.—La Asamblea piensa en la reforma del clero.—Resistencia del clero (Mayo y Junio de 1790).—Levantamiento de Nimes sofocado (13 de Junio de 1790).—La Revolución victoriosa en Nimes, Avignon y en todo el Mediodía.—En todas partes el soldado fraterniza con el pueblo (Abril y Junio de 1790).

¿Qué hacía durante este tiempo en París la Asamblea nacional? Seguía al clero á la procesión del Corpus.

Su dulzura, más que cristiana en todo esto, es un espectáculo sorprendente. Se contentó con una pregunta que hicieron al rey los ministros.

El rey prohibió la escarapela blanca y censuró á los firmantes de la declaración de Nimes, y éstos se quitaron la escarapela y se pusieron la cinta roja de los antiguos ligueses, y osadamente protestaron diciendo que persistían en defender al rey contra las órdenes del rey.

Lo que ocurría es bastante claro. El partido del clero sabía bien lo que quería y la Asamblea no sabe lo que quiere. Realizaba entonces una obra débil y falsa: la Constitución civil del clero.

Nada fué más funesto á la Revolución que desconocerse á sí misma desde el punto de vista religioso; que ignorar que llevaba en sí misma una religión.

La Revolución no se conocía, no veía que era el cristianismo mismo; no sabía si debía adelantar ó retroceder.

En su fácil confianza é ingenuidad acogió con placer las simpatías que le testimoniaban la masa del clero inferior.

Creyó que iba á realizar las promesas del Evangelio, que estaba llamada á reformar y renovar el cristianismo y no á reemplazarlo. Lo cree y marcha en este sentido; al segundo paso tropieza con los curas que se han vuelto curas.